

bio y de desprecio á los que le profesaban, presentándolos como un rebaño de hombres alucinados por la mas vergonzosa credulidad. Se sabe que el emperador Juliano habia sido educado en el cristianismo, y que conocia su historia y sus libros: y bien, ¿no confesó formalmente que nuestros evangelios eran obra de los apóstoles, cuyos nombres llevan en el dia? Esto mismo se advierte por el modo con que pretendia combatir la divinidad de Jesucristo, pues decia que ni San Mateo, ni San Marcos, ni San Lucas habian hablado de ella, y que San Juan era el primero que se atrevió á hacerlo (1). El argumento de este emperador sofista era falso sin duda, pero no por esto su testimonio es ménos precioso en la cuestion que nos ocupa. Ved pues á nuestros cuatro evangelistas expresamente nombrados por Juliano apóstata. Es muy glorioso, muy consolador para los cristianos ver los títulos mas augustos y mas auténticos de su religion adquirir mayor grado de fuerza por la confesion de sus enemigos; y cuando los mas famosos y mas sabios incrédulos del segundo, del tercero y del cuarto siglo, mucho

(1) S. Círil. Alexandr. Contr. Julian. lib. X, op. tom. VI, pág. 327.

mas cercanos que nosotros al origen de los hechos, y rodeados de todas las luces que podian ilustrarlos, han reconocido la antigüedad de nuestros evangelios, ¿no es ridículo ver á algunos impíos del siglo XVIII armarse contra ella con fruslerías de una crítica quisquillosa que les daría vergüenza aplicar á cualquier otro género de obras?

En fin, señores, os haré una reflexion que formará la tercera prueba de la autenticidad de nuestros evangelios. En esta materia no cabe medio: ó nuestros evangelios han salido realmente de la mano misma de los apóstoles cuyo nombre llevan, ó han sido escritos por un falsario que los ha publicado y hecho adoptar bajo del falso nombre de los apóstoles: véamos cuan quimérica es esta última suposicion. ¿En qué época quereis fijar la publicacion de esta impostura? ¿En tiempo de los apóstoles, ó despues de su muerte? Elegid. ¿Queréis suponerla durante la vida misma de los apóstoles? Pero entónces ¿no hubieran ellos reclamado contra el impostor? ¿no hubiera sido descubierto el fraude tan pronto como tramado? ¿no le hubiera sepultado en las tieblas un grito universal de indignacion? Y aquellos apóstoles tan intrépidos por la gloria de su maestro, que arrostraban por su doctrina

todos los peligros, los padecimientos y aun la muerte, ¿hubieran guardado un cobarde silencio acerca de una impostura grosera, que para desacreditarla bastaba el que la negasen? Todo esto es absurdo, y por ello se ven obligados á fijar la fabricacion de nuestros evangelios despues de la muerte de los apóstoles; pero ya hemos visto que en el tiempo de San Justino, esto es, hácia la mitad del siglo II, era uso general en todo el mundo cristiano leer nuestros evangelios en las juntas religiosas; uso que supone que mucho ántes estaban ya reconocidos y reverenciados. Por consiguiente si fueron inventados por un falsario, debió ser hácia el principio del siglo II. Pero viviendo todavía á esta época los discípulos inmediatos del apóstol S. Juan, y los discípulos de los demás apóstoles; estando esparcidas por todas partes las iglesias que ellos habian fundado, los obispos que habian dejado despues de ellos, y los paganos ilustrados de todas las clases que habian convertido; ¿con qué energía no se hubieran levantado contra el impostor que hubiese querido extender libros suyos, y autorizarlos con el nombre de los apóstoles sus maestros y fundadores? ¿No hubieran dicho: Nosotros hemos visto á los apóstoles; nosotros conocemos sus acciones y su doctrina; nuestras igle-

sias han sido fundadas por ellos; nadie ha oido que hayan dejado escrito alguno; por qué privilegio sois los únicos depositarios de ellos? ¿A dónde teneis las pruebas? A dónde estan vuestros títulos. Retiraos, les hubieran dicho: nosotros respetamos demasiado á esos hombres divinos, á quienes debemos la luz de la fe, y la dicha de conocer á Dios y la verdad, para que bajo de vuestra palabra adoptemos como obra de sus manos libros que nos son enteramente desconocidos. De este modo, señores, hubiera sido desechada la impostura, y léjos de sorprender la fe de los cristianos, habria recaido sobre sus autores la vergüenza de semejante empresa.

Es cierto que en aquellos primeros tiempos no dejaron de aparecer falsos Evangelios, pero esto mismo va á dar lugar á ilustrar mas la verdad de la causa que defendemos. Algunos piadosos fieles movidos de un celo laudable, pero que podia ocasionar abusos, se complacian en aquellos primeros tiempos en componer ellos mismos relaciones de cuanto habian oido respectivo á Jesucristo y á sus apóstoles, á su doctrina, á sus discursos, á sus acciones y á toda su vida. Estos escritos, sin tener la autoridad que los de los apóstoles, podian sin embargo

ser respetables, y merecer ser citados con elogio. De estos era, segun nos dice Eusebio (1), el *Evangelio de los Hebreos*, del cual se ha creído que S. Ignacio mártir habia citado un pasaje en una de sus epístolas, no como de un libro escrito por un apóstol, sino como de un libro piadoso, y á la manera que vemos tambien á nuestros escritores y oradores cristianos citar pasajes sacados hasta de los autores profanos, á ejemplo de S. Pablo, que cita á los paganos de su tiempo algunas máximas de los poetas Arato, Epiménides y Eurípides. Ademas de estos libros, fruto de un celo acaso demasiado diligente, se publicaron otros por novadores malintencionados, y con el designio de autorizar sus errores. ¿Pero se ha visto acaso que estos hombres temerarios lograsen persuadir á las iglesias extendidas por las diferentes comarcas de la tierra, á que recibiesen como procedentes de los apóstoles escritos que no eran obra suya? No señores, siempre ha habido falsarios como ha habido hombres viciosos; pero tambien ha habido siempre reglas de crítica, así como reglas de virtud. Jamas ninguna de las iglesias primitivas desechó uno solo de nuestros Evangelios,

(1) *Hist. Eccles.* lib. III, cap. XXV, XXVII &c.

mientras que los falsos nunca tuvieron á su favor sino algunos sectarios, y los partidarios de estos. Los falsos Evangelios, fruto del error, de la ignorancia ó de una piedad poco ilustrada, han caído en el olvido: jamas se ha logrado hacerlos pasar por verdaderos, y las iglesias fundadas por los apóstoles, sus pastores y sus doctores han desechado estos libros con indignacion y desprecio. El celo que aquellas iglesias tuvieron en excluir los falsos Evangelios, es para nosotros una garantía segura de que son efectivamente auténticos los que ellas nos han transmitido como tales, y podemos confiar tranquilamente en el cuidado que ellas tuvieron de discernirlos: su crítica santamente ilustrada y severa fué como la criba que conserva el buen grano y arroja hasta la paja mas ligera.

Si resumiendo ahora todo lo dicho busco una época en que un falsario pudiese intentar con fruto componer nuestros evangelios, no la encuentro: si pregunto á los enemigos naturales de estos libros, los hallo á favor de su antigüedad: si consulto las tradiciones universales de las iglesias apostólicas; y á los escritores que aparecieron desde el principio, veo la misma aprobacion: luego la autenticidad de nuestros evangelios tiene el mas alto grado de certidum-

bre histórica. Señálese la obra que se quiera del siglo de Augusto, y se verá que su autenticidad, aunque nadie dude de ella, no está mejor apoyada que la de nuestros Evangelios. ¿Pero los conservamos tales como salieron de las manos de los apóstoles? Y ¿qué debemos pensar acerca de su integridad? tercera y última cuestión.

Yo convengo en que durante el transcurso de diez y ocho siglos haya podido introducirse alguna falta levísima en nuestros Evangelios por incuria ó ignorancia de algun copista; pero estoy muy distante de confesar ni de reconocer que se haya podido introducir en ellos uno ó mas versículos; y en todo caso, yo no necesito entrar en esta discusión con los incrédulos, pues esto no produciría una mudanza notable y sustancial. Todo lo que yo intento en este momento es hacer ver que nuestros Evangelios no han sido jamas alterados en cuanto al fondo de la doctrina, de la moral ni de los hechos; de suerte que en su sustancia son ahora lo que eran al salir de las manos de los apóstoles. Para convencernos de esto bastan algunas reflexiones acerca del origen y la naturaleza de estos libros sagrados. Espárcense los apóstoles y los discípulos de Jesucristo por las diversas regiones del mundo conocido; reciben su doctrina el

oriente y el occidente; fórmanse por todas partes iglesias cristianas gobernadas por los pastores que establecen en ellas; y Jerusalem, Antioquía, Alejandria, Efeso, Corinto y Roma ven en su recinto á estos hombres prodigiosos que intentan atraer al universo al conocimiento del verdadero Dios. Consignan por último en sus escritos la doctrina que han predicado; espárcense estos escritos por todas las iglesias, y he aquí los libros en que los pastores estudian la vida y la doctrina de Jesucristo, los libros que explican al pueblo cristiano, y que ponen en manos de los fieles. Son reverenciados estos libros como divinos; y la religion mira como un crimen tocar á ellos: el primer deber de los pontífices y de los pastores es el de conservarlos, y trasmitirlos á la posteridad como el depósito mas precioso; y se les tiene un respeto tan profundo, que se considera como un deber morir en la persecucion ántes que entregarlos á la profanacion de los gentiles. Ahora bien, yo quiero suponer que miéntras el universo cristiano reverenciaba estos libros sagrados hubiese intentado corromperlos un falsario, introduciendo en ellos algun punto nuevo de doctrina, ó un precepto desconocido anteriormente; y os pregunto ¿si se hubiese intentado esta alteracion, hubiera

podido subsistir? ¿hubiera sido posible desfigurar un libro extendido entre las diversas naciones de toda la tierra, sin que se hubiese echado de ver la falsificación? ¿y podía echarse de ver sin excitar el celo de los pastores, y el de los cristianos fieles, inviolablemente adictos á los que habian recibido de las edades precedentes, y sin ver levantarse por todas partes contra ella las mas vivas reclamaciones?

¿Y cómo podia concebirse el proyecto de realizar en ellos una falsificación notable? No es creible que se diga que pudo haber un falsario bastante poderoso para recoger todos los ejemplares de nuestros Evangelios diseminados por toda la tierra, á fin de corromperlos á su antojo; y así falsificados volverlos á poner en manos del público, porque esto es evidentemente imposible. ¿Se dirá que la falsificación pudo empezar por algunos ejemplares, y pasar en seguida á todos los demas? ¡Nueva quimera! Para esto hubiera sido necesario que todos los obispos, todos los pastores, todos los hombres instruidos, todos los fieles y todas las iglesias, griegas y latinas, hubiesen guardado silencio acerca de la empresa del falsario, y que todos á pesar de la oposicion de las preocupaciones, de la educacion, del genio y de los caracteres

se hubiesen convenido unánimemente en reverenciar y consagrar una misma impostura, lo que no es natural, y para mí seria lo mismo que decir que un falsario hubiera podido, hace catorce siglos, adulterar los ejemplares de la Eneida esparcidos por el universo; de tal modo que, en su sustancia, no fuese esta la misma que salió de manos de Virgilio. Observemos ademas que aquí no se trata de un solo libro, sino de cuatro diferentes compuestos por diversos autores, publicados en distintas épocas, y conformes sin embargo en la sustancia de las cosas, de suerte que hubiera sido necesario no solamente falsificar un Evangelio, sino todos los cuatro al mismo tiempo; lo que aumenta mucho mas la imposibilidad de una alteracion sustancial. Se sabe que algunos novadores se han tomado la libertad de adulterar los Evangelios con el objeto de apoyar con ellos sus vanos sistemas; pero tambien se sabe hasta qué punto excitaron contra sí la indignacion de las iglesias. Los doctores cristianos miraron esto como un crimen, segun se ve en Orígenes (1), que se le echa en cara á Valentino y á Marcion; y en Tertuliano (2) que acusa á este último de

(1) *Contra Celsum*. lib. II, n. 27.

[1] *Contra Marcion*. lib. IV, cap. I.

corromper el Evangelio para acomodarle á sus locas opiniones: *Evangelium interpollando suum fecit.*

Seria ciertamente conocer bien poco el espíritu que animaba á las iglesias primitivas, creer que mirasen con indiferencia sus libros sagrados: respetaban aun tan profundamente á los apóstoles sus fundadores, y los escritos publicados por ellos, que su celo se sobresaltaba con la menor innovacion. La historia nos prueba hasta qué grado llevaban su escrupulosidad acerca de la pureza del texto de las Santas Escrituras; pues habiéndose permitido en el siglo IV un obispo llamado Trifilo que tenia reputacion de elocuente, cambiar en un sermón una palabra del Evangelio que no le parecia noble, sucedió que un obispo de la isla de Chipre llamado Espiridion, venerable por sus virtudes, se levantó de en medio del concurso, y se mostró indignado de aquella alteracion aunque tan ligera (1). Sabemos tambien que cuando S. Jerónimo hizo una nueva version de las Escrituras, se excitaron al momento grandes rumores contra él, porque se temió que se alborotasen los fieles acostumbrados á la version que hasta

[3] *Sozom. Hist. Eccles. lib. I, cap. II.*

entonces habia estado en uso. S. Agustin (1) nos dice tambien que haciendo leer un obispo en su iglesia la nueva version, se levanto entre el pueblo un grande alboroto con ocasion de algunas palabras diferentes de las que hasta entonces habia estado acostumbrado á oír hacia mucho tiempo.

Traducidos nuestros Evangelios en todas las lenguas, esparcidos por todas las naciones, y puestos en manos de los fieles de todas clases, han debido multiplicarse prodigiosamente sus copias, y de aquí nace esa multitud de variantes en los textos evangélicos. Un doctor ingles ha llegado á recoger hasta treinta mil, después de treinta años de paciencia y de trabajo: pero ¡cosa extraña! en tan gran número de variantes no se halla ninguna diferencia esencial: las que hay recaen solo sobre la construccion de frases, pero ninguna sobre los hechos, sobre las palabras, ni sobre las cosas: se sabe tambien que en ciertos manuscritos se tomaban la libertad de conciliar y reunir los textos de los cuatro Evangelios, y que ponian en uno lo que estaba en otro; pero tomad el ejemplar mas incorrecto, y en él vereis el mismo fondo de doctrina y

(1) *Epist. LXXI ad Hier. n. 5.*

de moral, y los mismos sucesos que en el ejemplar mas puro que pudiera descubrirse. Los eruditos pretenden que se han contado mas de veinte mil variantes en las obras de Terencio; pero esto no impide que las que tenemos sean sustancialmente conformes al ejemplar que salió inmediatamente de las manos de este autor. La misma multitud de ejemplares y de manuscritos que se han podido consultar han proporcionado medios de restablecer el texto á su primitiva pureza, de suerte que es una de las obras de la antigüedad, cuyo texto es en el dia mas puro y mas correcto; y esto mismo ha sucedido con nuestros Evangelios.

Por último, si los incrédulos se obstinan todavía en suponer falsificados nuestros Evangelios, podemos confundirlos con una prueba de hecho que tenemos á nuestra vista, diciéndoles: nosotros poseemos gran número de obras de los Padres de los primeros siglos de la iglesia, y no sé que ningun incrédulo haya tenido hasta ahora la locura de decir que todos estos escritos han podido fácilmente ser supuestos ó falsificados por un impostor: esto seria lo mismo que decir, que cuanto nos ha quedado de los escritores del siglo de Augusto, oradores, poetas, historiadores y filósofos, ha podido tambien ser

compuesto ó corrompido por un falsario; lo cual seria no solamente una paradoja, sino una extravagancia. Pues bien, señores, recorred los escritores de la antigüedad cristiana, y vereis que en sus comentarios, en sus tratados dogmáticos, en sus homilias y en sus libros de piedad está copiado en cierto modo todo el Nuevo Testamento; en ellos hallareis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros Evangelios, de suerte que si por un imposible llegasen estos á desaparecer de repente, seria fácil rehacerlos reuniendo las citas que se encuentran diseminadas en los autores eclesiásticos de los primeros siglos: luego los ejemplares de nuestros Evangelios que tenemos en el dia estan conformes con los que se leian en la mas remota antigüedad, sin que, al pasar estos por tantos siglos, hayan sufrido, en su sustancia, la menor alteracion.

Así pues, quando leo los Evangelios puedo decir: tengo en mis manos unos libros compuestos hace diez y ocho siglos por los apóstoles y por los discípulos de Jesucristo: estos libros son tales aun como salieron de sus manos: tengo un conocimiento de su doctrina tan seguro como si la oyese de su boca, y todo esto lo sé ademas de una manera mucho mas cierta, que sé que

Cesar ha compuesto los *Comentarios* que llevan su nombre. No se nos diga tampoco que los que han puesto en duda nuestros Evangelios han sido hombres eruditos. ¿Qué son algunos eruditos de nuestros días que con su saber pueden muy bien no ser mas que unos medianos talentos? ¿qué son delante de esa multitud de ingenios esclarecidos no menos doctos que ellos, y cuya profunda capacidad y erudicion ha sido consagrada por la veneracion de la posteridad? También han sido sabios ó reputados por tales los que han profesado el ateismo, y han querido enseñar al género humano á no necesitar de Dios. ¿Y deberémos por esto ser ateos? ¿De qué sirve la erudicion sin juicio? En este caso es un peso que abrumba: los tesoros de la memoria son en los talentos cortos como ricos materiales en las manos de un arquitecto ignorante. ¿Quién mas erudito que el padre Hardouin, y quién divulgó sin embargo paradojas mas repugnantes? Es preciso conocerlo: este célebre erudito combatió la antigüedad de la Eneida con reflexiones críticas no ménos intrincadas y sutiles que las que se han hecho contra la antigüedad de nuestros Evangelios, y sin embargo no se grangeó ni un solo partidario entre los literatos, miéntas que nuestros apóstoles de in-

credulidad han hecho numerosos discípulos? ¿Y por qué esta diferencia? Porque las pasiones humanas tienen un interes manifesto en debilitar ó destruir la antigüedad de los libros santos, y nos importa muy poco que haya tenido la gloria de cantar á Eneas y sus hazañas un cenobita del siglo XIII, como lo pretendia Hardouin, (1) ó Virgilio, como lo piensa todo el mundo. Señores, las pasiones son malos jueces: cuando ellas sentencian, la verdad sucumbe siempre; pero también su triunfo es ignominioso, y frecuentemente no es mas que pasajero. Desdichados de nosotros si la verdad fuese vencida por nuestra resistencia. Nuestra salvacion solo consiste en sus victorias: esperemos para nuestro reposo, y para el de las generaciones venideras, que la verdad prevalecerá sobre la mentira, y que se la verá salir mas brillante de entre el choque de las contradicciones, semejante á las hachas encendidas, cuya luz nunca es mas viva que cuando se las sacude ó agita con mayor violencia.

---

(1) Véase la *Refutation de la Bible enfin expliquée*, cap. I.